

ción con el marido, para que la unión conyugal sea algo más que una pura atracción física más o menos duradera, sino que sea una total compenetración de almas en las que verdaderamente se comparten todos los problemas de la vida.

Esto es lo que pensamos tratar en el Congreso.

Yo comprendo que dentro de la complejidad de los problemas, dentro de la diversidad de naciones, no puedan a rajatabla trazarse reglas, pero sí pueden darse unas normas orientadoras dentro de lo que a todos nos es común. No solamente a nosotros, sino a otras naciones del mundo, o, por lo menos, a numerosos grupos que en otras naciones conviven y que ven como nosotros los enormes peligros que amenaza los eternos valores del hombre al vivir en un mundo lleno de aberraciones.

La Virgen María, en su advocación de la Asunción, a quien hemos encomendado el Congreso, hará que el resplandor del Señor irradie sobre nosotros y que Dios gobierne desde arriba las obras de nuestras manos y todas nuestras empresas, para que las tareas de este Congreso no sean mero motivo de reunión sin sustancia, sino útiles resoluciones con aplicación práctica en la vida de la mujer.

A todas las primeras damas de América, que nos han honrado con su presidencia honoraria y a la esposa de nuestro Caudillo,

que también ha consentido en unirse a nuestras tareas, queremos desde aquí enviar nuestro primer saludo lleno de reconocimiento y de esperanzas.»

Al terminar el Congreso se redactaron unas conclusiones y se decidió la creación en todos los países de Iberoamérica y Filipinas de Centros Culturales que mantuvieron vivas las razones del Congreso, y bajo cuyos auspicios debería organizarse a los tres o cuatro años un nuevo Congreso en América.

Mientras, y en tanto se fraguaba el Congreso, en octubre de 1950 se celebró también, con motivo del Año Santo, una peregrinación a Roma, a la que asistieron voluntariamente, y con viajes a sus expensas, cerca de mil camaradas. Se llevaron danzas religiosas de Cheste, Palencia, Sitges, Riente y Huelva, y se le hizo al Papa una ofrenda de lo más típico de cada región. Pero, sobre todo, se ganó el Jubileo y el Papa, en la grandiosa Basílica de San Pedro, habló en español a nuestras camaradas y bendijo a España y a todos nuestros trabajos. La peregrinación, como es natural, la presidió fray Justo, y en ella no se cantó más que Gregoriano. Gracias a Dios salió todo muy bien, en parte por la gran ayuda prestada por nuestro embajador en la Santa Sede, Joaquín Ruiz Giménez. Y nos despedimos de Roma como de tantos sitios ya por el mundo, cantando el «Cara al Sol».

---

## DOMUND DE LA SANGRE

---

*¿Ha envejecido la Iglesia Católica? No. La iglesia sigue conservando la perenne juventud de Cristo, porque, como El, sigue derramando en los campos de Misión la sangre del martirio.*